



Cees Nooteboom

Philip y los otros

Prólogo de Rüdiger Safranski

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal y Pedro Gómez Carrizo

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Philip en de anderen*

En cubierta: Foto de © Ferdinando Sciana /

Magnum Photos / CONTACTO

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Cees Nooteboom, 2010

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal y Pedro Gómez Carrizo

© Del prólogo, Rüdiger Safranski

© De la traducción del prólogo, María Condror

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-415-8

Depósito legal: M-???-2010

Impreso en ???

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Ces povres resveurs, ces amoureux enfants.

Constantijn Huygens

Je rêve que je dors, je rêve que je rêve.

Paul Éluard

Libro primero

I

Mi tío Antonin Alexander era un hombre extraño. Cuando lo vi por primera vez, yo tenía diez años y él unos setenta. Vivía en el Gooi, en una casa fea e inmensamente grande, abarrotada de muebles rarísimos, inútiles y horribles. Yo era aún muy pequeño y no llegaba al timbre. No me atrevía a golpear la puerta ni a hacer sonar la tapa del buzón, como hacía siempre en todas partes, así que, como no sabía qué hacer, decidí dar una vuelta alrededor de la casa. Mi tío Alexander estaba sentado en un sillón desvenecijado, de terciopelo morado, raído y cubierto con tres tapetes amarillentos. Era en verdad el hombre más extraño que jamás había visto. Lucía un par de anillos en cada mano, y sólo al cabo de seis años, cuando fui a su casa por segunda vez, entonces para quedarme, advertí que el oro de los anillos era cobre y que las piedras rojas y verdes («Tengo un tío que lleva rubíes y esmeraldas») eran de cristal de colores.

—¿Eres Philip? —preguntó.

—Sí, tío —respondí a la figura del sillón. Tan sólo le veía las manos, la cabeza permanecía en la sombra.

—¿Traes algo para mí? —volvió a decir la voz. Yo no había traído nada y contesté:

—Me parece que no, tío.

—Deberías haber traído alguna cosa ¿no crees?

Creo que aquel comentario no me sorprendió. Tenía ra-

zón: una visita debía traer algún regalo. Solté mi maletita y regresé a la calle. Había visto unos rododendros en el jardín vecino al de mi tío, así que con gran cuidado, atravesé la verja y corté unos cuantos con mi navaja.

Me encontraba por segunda vez firme frente a la terraza:

–Le he traído flores, tío.

Se puso en pie y pude contemplar su rostro por primera vez.

–Muy agradecido –hizo una leve reverencia–. ¿Y si celebramos una fiesta?

Sin esperar mi respuesta, me llevó de la mano hacia el interior de la casa. En algún lugar encendió una pequeña lámpara que inundó de una luz dorada la singular estancia. En mitad de aquella sala se apiñaban varias sillas y arrimados a las paredes había tres sofás, ocultos bajo un montón de suaves almohadones de color beige y gris. Contra la pared, cuyas puertas daban a la terraza, había una especie de piano, un clavicordio, según supe más tarde.

Me hizo dirigirme hacia un sofá y exclamó:

–¡Échate y coge tantos cojines como quieras!

Él se tendió en el sofá situado en la pared de enfrente, y entonces dejé de verlo, pues me lo impedían los altos respaldos de las sillas que había entre ambos.

–Tenemos que celebrar una fiesta –dijo–. ¿Qué es lo que más te gusta hacer?

A mí me gustaba leer y mirar láminas, pero pensé que eso no eran cosas de fiesta, así que me callé y reflexioné un instante antes de contestar:

–Viajar en autobús al atardecer, o por la noche –esperé una señal de aprobación, que no se produjo, y continué–: Sentarme junto al agua, caminar bajo la lluvia y a veces besar a alguien.

–¿A quién? –me preguntó.

–A nadie en particular –afirmé, aunque no era cierto.

Lo oí levantarse y aproximarse a mi sofá.

–Vamos a celebrar una fiesta –me dijo–. Primero iremos

hasta Loenen en autobús, y después de vuelta hasta Loosdrecht. Allí nos sentaremos junto al lago y a lo mejor nos tomamos algo. Después volveremos a coger el autobús de regreso a casa. ¡En marcha!

Así aprendí a conocer a mi tío Alexander. Tenía un rostro macilento y ajado, cuyas arrugas caían en vertical. Su nariz era hermosa y estrecha; y sus pobladas cejas, negras y en-crespadas, como el plumaje de los pájaros viejos.

Tenía mi tío Alexander una boca ancha y rosada, y solía cubrirse con un casquete judío, aunque él no lo era, y creo, sin estar seguro, que no tenía pelo bajo la gorreta. Aquella noche celebré la primera auténtica fiesta de mi vida.

Apenas había nadie en el autobús y pensé: un autobús por la noche es como una isla en la que vives casi en soledad. Puedes ver tu cara reflejada en los cristales y distinguir las conversaciones de la gente, como suaves matices, por encima del ruido del motor. Las pequeñas luces amarillas alteran los objetos de dentro y de fuera, y el níquel de las ventanillas vibra por los guijarros de la carretera. Como hay tan poca gente el autobús apenas se detiene. Puedes entonces imaginarte su aspecto desde fuera, avanzando a lo largo el dique con sus grandes ojos delante, los rectángulos amarillos de las ventanas y las luces rojas detrás.

Mi tío Alexander no se sentó a mi lado, sino en el extremo opuesto, porque según me confesó, «si hay que hablar entre nosotros, ya no es una fiesta». Y es cierto. Veía su imagen reflejada en la ventana, detrás de mí, y aunque parecía dormir, sus manos se deslizaban de un lado a otro sobre el maletín que llevaba consigo. Me habría gustado preguntarle por el contenido del maletín, pero supuse que no me lo diría.

Nos apeamos en Loosdrecht y caminamos hasta llegar al lago. Allí mi tío Alexander abrió el maletín y extrajo de él un resto de lona vieja que extendió sobre la hierba, porque estaba muy mojada. Nos sentamos cara a la luna, que rielaba sobre las aguas, ante nosotros, con verdes destellos. Oíamos a las vacas deambular por el prado, al otro lado del dique.